

Sergio Olguín
La mejor enemiga



Verónica Rosenthal, la audaz periodista de Nuestro Tiempo, se encuentra de pronto inmersa en una situación inesperada: un antiguo director de la revista, Andrés Goicochea, y su expareja han sido ejecutados a sangre fría, y su amiga Paula, secuestrada durante unas horas. Su jefa, Patricia, está internada en el hospital con una bala en el pulmón. Con todo su círculo alerta y en peligro, Vero se pregunta si la investigación sobre los vínculos entre los poderosos y el mundo del delito que estaba realizando Andrés no será la causa de tanto desastre.

Por otra parte, un viejo amigo de la infancia, compañero de juegos en el barrio de Villa Crespo, reaparece de manera sorpresiva para aportar aún más inquietud. Y Federico, el abogado que trabaja en el estudio de su padre, con quien pareciera por fin consolidada su historia de amor, atraviesa una temporada de indecisiones a partir de la incorporación al estudio de una joven y prometedora profesional.

*A Carolina Salvini, Paola Lucantis
y Amalia Sanz*

¿Qué es más estúpido o ingenuo:
suponer que hay una conspiración o que no la
hay?

China Miéville, *La ciudad y la ciudad*

Mientras subía las escaleras no dejó de pensar que era una vergüenza que no quedaran periódicos que tuvieran más agallas. Le hubiera gustado vivir en los tiempos de Dana y Greeley, cuando un periódico era un periódico, a los hijos de puta se los llamaba hijos de puta, y no andaban con vueltas. Debió haber sido estupendo ser un periodista en uno de aquellos viejos diarios.

Horace McCoy, *Los sudarios no tienen bolsillos*

¿Qué era querer a alguien, qué era exactamente el amor, y cuándo terminaba o no terminaba? Esas eran las verdaderas preguntas y ¿quién podía responderlas?

Patricia Highsmith, *Carol*

Los muertos maduran mi corazón con ellos

Salvatore Quasimodo, «*Metamorfosis en la urna del
santo*»

Prólogo

Los muertos maduran

I

En el *freeshop* del aeropuerto parisino de Charles de Gaulle, Peter Khoury compró varios M&M's de distintas presentaciones, chocolates Mars en miniaturas, una bolsa de Kinder Bueno y dos más de Toblerone. Peter no era amante de los dulces (para él había comprado latas de maní Planters y almendras Blue Diamond), pero pensó que no era mala idea llevar golosinas para los chicos que atendería en los próximos años (seguramente los chocolates no iban a durar tanto). Como buen médico pediatra recién recibido –con honores, en la Universidad de Londres –, creía que darles un regalito a los chicos facilitaba que fueran a la consulta. Algunos llegarían llorando y se irían felices de llevarse un Mars. Sobre todo si se tenía en cuenta que los chicos a los que iba a atender en el hospital Al-Shifa de la Franja de Gaza no tenían la oportunidad de acceder a esas golosinas.

A los 26 años Peter Khoury decidió dar un giro en la vida. Una de esas vueltas que marcan para siempre la existencia. En su familia siempre se había hablado del regreso a Palestina. Sus cuatro abuelos y su padre habían dejado Haifa cuando las tropas israelíes entraron a la ciudad en 1948. No les quedó otra que partir con lo puesto. Cerra-

ron sus casas y se llevaron la llave con la ilusión de regresar algún día. Cuando llegaron a Inglaterra, su padre era un bebé. Su madre había nacido, como Peter, en Londres. Sin embargo, todos ellos (también sus hermanos, tíos y primos) se habían criado con la añoranza del país perdido desde la Nakba.

Durante sus estudios, Peter había hecho un curso de emergencias médicas en el hospital de la Universidad del Norte de Noruega. El curso lo dictaba Mads Gilbert, un prestigioso médico reconocido también por su militancia. Viajaba continuamente a Gaza, para dar ayuda sanitaria. Gilbert era muy buen profesor y Peter, un alumno destacado. No fue raro que se estableciera un vínculo afectivo entre ellos. A la salida de una clase, Gilbert le preguntó:

–Khoury, ¿su familia es cristiana maronita del Líbano? Lo supongo por su apellido.

–Somos cristianos ortodoxos, de Palestina. Tanto de parte de madre como de padre.

–¿De qué ciudades?

–Haifa, las dos familias.

Gilbert movió la cabeza afirmativamente.

–Cuando quiera, Khoury, nos tomamos una cerveza y le cuento de mi experiencia en Palestina. Creo que le puede interesar.

Por supuesto que le interesó todo lo que le contó el médico noruego. Los problemas para atender a tanta gente por falta de profesionales, insumos y medicamentos suficientes. El temor a que la persona a la que curaban un día de pulmonía podía morir al siguiente bajo los bombardeos. Gilbert sabía que él se estaba especializando en pediatría.

–Nos hacen falta pediatras en Al-Shifa.

–Cuando llegue el momento...

Pero Peter pensaba que le faltaban muchos años para que eso ocurriera. Terminó el curso, volvió a Londres, se

recibió y comenzó las prácticas en el Great Ormond Street Hospital.

Tenía planificado tomarse un descanso en el verano: un viaje por los Países Bajos, Alemania, el norte de Italia y Francia. Cuarenta días para él solo y su mochila. Mientras preparaba el viaje recibió un mensaje de Mads Gilbert, su antiguo profesor noruego. El mensaje de texto no era personalizado, se notaba que era un SMS dirigido a mucha gente. Decía:

De parte del doctor Mads Gilbert en Gaza: Gracias por su apoyo. Bombardearon el mercado central de verduras en la ciudad de Gaza hace dos horas. 80 heridos, 20 muertos. Todos vinieron aquí a Al-Shifa. ¡Infierno! Nos hundimos en la muerte, la sangre y los amputados. Muchos niños. Mujeres embarazadas. Nunca experimenté algo tan horrible. En este momento se oyen los tanques. Cuéntenlo, pásenlo, grítenlo. Cualquier cosa. ¡Hagan algo! ¡Hagan más!

Peter sintió que debía ir a Palestina, como imaginó su padre, como añoraban sus abuelos. Pensó en suspender su viaje y partir hacia Gaza, pero fueron sus padres y abuelos los que lo convencieron para que hiciera primero su recorrida por Europa. No iba a tener mucho tiempo luego y era una buena forma de despedirse de su juventud para entrar definitivamente en el mundo de los adultos.

Decidió que su viaje por Europa se prolongaría en su estancia en Palestina. No regresaría a Londres. Los abuelos le entregaron las llaves de sus casas en Haifa, aunque él no iría a esa ciudad, que ahora formaba parte de Israel.

–Muchos palestinos tienen una llave, pero yo tengo dos. Soy millonario –le dijo a su abuelo paterno.

–Los palestinos somos millonarios cada vez que soñamos.

II

El vuelo de París a Tel Aviv tuvo muchísimas turbulencias, al punto que Peter Khoury volvió a rezar, algo que no hacía desde los doce años. Odiaba las turbulencias, les tenía terror. Los últimos minutos de vuelo, sobre territorio israelí, fueron de una suavidad relajante, aunque Peter no se relajaba nunca en un avión. Cuando finalmente la nave tocó el suelo de Tel Aviv, Peter agradeció a Dios en las tres versiones que conocía.

Había disfrutado su viaje por Europa continental, había visitado museos, bares, parques. Había conocido gente de lugares exóticos. Se había enamorado en cada ciudad que estuvo, pero trataba de desenamorarse enseguida. Esas chicas alemanas, francesas o italianas ocupaban su corazón, pero su alma estaba en Medio Oriente, en Palestina.

Ahora, en el aeropuerto de Tel Aviv, lo sucedido hacía unas semanas le parecía muy lejano, como si le hubiera ocurrido a un Peter que ya no existía, o que existía en otra dimensión, en la que seguía tomando cerveza, fumando porro y besándose con rubias o morenas que hablaban un inglés titubeante.

Había guardado las llaves de sus abuelos en la mochila despachada. Tomó la precaución de buscar llaves viejas sin valor y las puso junto a las otras dos en un llavero. Lo bien que hizo. En el control de aduana, cuando pasó la mochila, los agentes decidieron abrirla. Miraron con determinamiento el llavero.

—Son de mi casa de campo en las afueras de Londres —aclaró con una sonrisa despreocupada, muy ensayada frente al espejo.

El tipo de control migratorio lo miró: vio a un británico cargado con bolsas de *freeshop*, seguramente en busca de aventuras con chicas israelíes. Con parsimonia, Peter

acomodó las camisas y jeans, y guardó las llaves en su campera. A partir de ese momento quería sentir las cerca de su cuerpo.

En el control de pasaportes no hubo problemas. Un turista proveniente de Londres no era objeto de mucho estudio. Le preguntaron dónde pensaba parar y cuánto tiempo se quedaría. A propósito había sacado un pasaje de regreso para diez días más tarde, pasaje que no pensaba usar. Mintió sobre el lugar y los tiempos, tal como le habían aconsejado.

Al finalizar los controles se encontró con el bullicio del reencuentro de viajeros y familiares, de taxistas ofreciendo sus servicios, de turistas que ya se sentían perdidos. Buscó con la vista, pero fue Mads Gilbert el que lo vio antes. Se acercó a él y le dio un abrazo caluroso. Estaba un poco más viejo, pero mantenía ese espíritu juvenil que Peter vinculaba con los hombres nórdicos. Gilbert se ofreció a llevarle la mochila. Peter prefirió darle algunas bolsas del *freeshop*. Fueron caminando hacia el estacionamiento.

Parecían dos europeos despreocupados de todo. Gilbert le preguntó por los partidos de la Champions League y se quejó amargamente porque no habían tenido luz en esos días y se había perdido los encuentros de ida de octavos de final. A pesar de ser noruego (o tal vez por eso, porque los equipos noruegos no avanzaban nunca a instancias finales de la Champions), hinchaba por el Manchester United. En cambio Peter era hinchador del Arsenal. El Manchester había empatado de visitante con el Milan, y el Arsenal había ganado de local contra la Roma. Peter le contó que vio ese partido en un *pub* romano, rodeado de «*tifosi*» que insultaban en su extraño idioma.

—Cuando Van Persie hizo el gol me agarré la cabeza como quejándome, pero por dentro gritaba «goool». Me saltaban las lágrimas de la alegría.

Llegaron al Hyundai Tucson de Gilbert. El auto estaba lleno de tierra y rayones. Debía tener por lo menos unos

cinco años. Se acomodaron y salieron del aeropuerto Ben Gurion.

—Tenemos una hora de viaje, más los retenes de la policía israelí. Con nuestros papeles no vamos a tener problema de pasar los controles. Aunque nunca se sabe...

Tardaron casi tres horas. En cada retén las preguntas se repetían. Ya no era el turista británico visitando las bellezas naturales del país, sino un médico yendo a Gaza. Pero más allá de las preguntas y el tiempo perdido, no hubo objeciones a su paso.

Entraron en Gaza. La imagen del desierto con edificios a los lejos fue convirtiéndose primero en una sucesión de escombros de casas destruidas a ambos lados del camino: una ciudad bombardeada o derribada por los *bulldozers* israelíes. Pero luego surgía, como un milagro, una ciudad superpoblada de construcciones precarias mezcladas con algunas pizzerías modernas, casas de electrónica o de teléfonos y hasta una escuela rodeada de muros pintados con banderas palestinas y dibujos de rostros de muchachos. La gente se movía con tranquilidad llenando las veredas y las calles, lo que despertaba la ira de los conductores que tocaban bocina.

—Antes de llevarte a tu departamento quería hacerte un recorrido por Jabalia.

Peter nunca había estado en un lugar así. De alguna manera, le recordaba las favelas de Río de Janeiro, que había visitado unos años atrás. Lo que más le llamó la atención no fue la cantidad de gente y edificaciones precarias, sino los edificios bombardeados, semidestruídos, que todavía servían como morada.

—El campamento de Jabalia es uno de los más grandes en Gaza —le explicó Gilbert—. Está superpoblado y faltan habitaciones en buen estado, garrafas, luz eléctrica, agua potable. Sin embargo, esta gente no pierde la esperanza de vivir dignamente. Ah, y tenemos varios hospitales.

Peter observaba a su alrededor con sorpresa: el lugar era mucho peor de lo que había imaginado o visto en las fotos desde Londres.

–Te llevo a tu departamento, no está muy lejos de Al-Shifa. Hoy descansa, que mañana vas a comenzar una nueva vida.

–Ya la comencé –atinó a decir Peter.



Cada día de los siguientes cinco años, Peter Khoury se ocupó de salvar vidas, sobre todo las de los chicos que llegaban al hospital de Al-Shifa. Si un médico residente de cualquier hospital del mundo veía todo tipo de dolencias, enfermedades y situaciones, en Gaza resultaba cien veces peor. Porque era raro que en un hospital de Berlín o de Buenos Aires llegaran el mismo día veinte niños con heridas de bala, o con principios de asfixia (porque las tropas egipcias atacaban a los chicos que se metían en los túneles), o con los pulmones reventados (porque las tropas marinas israelíes disparaban a los botes de los pescadores). Gaza estaba superpoblada de niños, y por eso en todas partes eran víctimas. Y eso sin contar los casos menos extraordinarios y más comunes de chicos desnutridos, con problemas respiratorios crónicos, enfermedades endémicas, deformaciones en piernas o brazos.

Había cirugías que debían suspenderse porque Israel cortaba el suministro eléctrico; sangre y plasma que se arruinaban por la misma razón; intoxicaciones por agua contaminada; falta de vacunas y de prótesis dentales o de cadera y rodilla. Un panorama sin futuro para una sociedad básicamente de niños, adolescentes y jóvenes.

Los primeros años lo llamaban el «doctor inglés» y convivía con los demás profesionales provenientes de todas partes. La cirujana brasileña, el infectólogo sirio, los trau-

matólogos franceses, los oftalmólogos israelíes, la dermatóloga surcoreana y muchos más: Médicos del Mundo, Médicos sin Fronteras, *Medical Aid for Palestine*. Algunos llegaban a Gaza y no soportaban la presión. Se iban al mes, a los dos meses, a los seis. Otros, más valientes o más testarudos, aguantaban un año, quizás dos. Cumplían una misión importante en un país que necesitaba perentoriamente médicos. Después volvían a sus países, escribían *papers*, daban conferencias. Los médicos pasaban y el doctor inglés se quedaba en su departamento pequeño, pero con un balcón desde donde podía observar Gaza viva, en movimiento.

Pasado el tiempo, los nuevos médicos que llegaban ya ni sabían que él era inglés porque hablaba bastante bien el árabe (gracias a sus abuelos y a la costumbre familiar de seguir hablando la lengua de sus mayores). Las madres ya no decían «a mi hijo lo atendió un médico inglés». Pedían por el doctor Khoury y creían que era libanés o palestino. Y a él le gustaba esa confusión porque en cinco años había curtido su piel, había aprendido a no llorar cuando en sus manos se le moría desangrado un chico, había consolado a madres (los padres rara vez aparecían), había visitado hogares llevando comida y medicamentos, incluso había arriesgado la vida cruzando por los túneles que comunicaban con Egipto, en busca de insumos para el hospital (de paso, aprovechaba la oportunidad para comprar golosinas).

La vida en Gaza era lo más parecido a un milagro que podía aceptar un espíritu ateo. El bloqueo resultaba una tortura colectiva pocas veces vista. Las fuerzas armadas israelíes conseguían niveles de sutileza o brutalidad que difícilmente podía ser comparada.

Las tropas israelíes entraban, amenazaban, demolían las casas de los atacantes suicidas (como castigo a toda la familia), destruían los molinos de harina, las fuentes de agua, vengaban la muerte de un soldado propio matando

a decenas de civiles, ancianos, mujeres y niños. Las cifras estaban en todos lados, en periódicos y revistas, en webs y en Wikipedia. Pero para Peter esas cifras eran el pan amargo con el que alimentaba su amor por el pueblo de su familia.

Como consecuencia lógica se enamoró de una gazatí. Se llamaba Azima, era viuda y tenía dos hijos, un número inusualmente pequeño para las mujeres palestinas. Peter era el doctor de sus dos hijos, Nahid, la pequeña de dos años que había nacido póstumamente, y Omar, el chico de diez años al que Peter llamaba Messi porque la primera vez que lo atendió tenía puesta la camiseta 10 del Barcelona. En ese primer encuentro, Omar no tenía nada grave, una bronquiolitis y defensas bajas. Peter se fijó que la nena tuviera las vacunas para su edad y le pidió a Azima que volviera en una semana para control.

No se sorprendió cuando dos días más tarde vio a Omar en la playa jugando a la pelota con otros chicos de su edad. Tenía puesta la misma camiseta. A Peter le gustaba ver jugar a la pelota, así que se acomodó a un costado para mirar a esos chicos que soñaban con jugar algún día en el Barcelona, o en la Juventus, y en la selección palestina. Omar hizo un gol. Cuando terminó el partido, el chico lo reconoció y se acercó a él.

—Doctor, doctor, ¿vio el gol que hice?

—Muy bien, Messi, te felicito.

El resto de los chicos también se habían acercado y Omar les dijo orgulloso:

—Él es mi doctor, ¿no, doctor?

Uno de los chicos le preguntó con falso tono de preocupación:

—¿Está grave? ¿Se va a morir?

Todos se rieron, incluso Peter.

A la visita siguiente, Azima le llevó limones y ajos. Hablaron del encuentro con Omar en la playa. Ella le contó

que era viuda y que vivía con su madre y otra hermana viuda.

Azima volvió varias veces por diversas consultas, la mayoría de las ocasiones por indicación de Peter. En una oportunidad llegó sin los chicos y en compañía de una joven. Se llamaba Iman, era una prima de Azima, tenía veintidós años y estudiaba enfermería. Azima quería saber si podía ayudarla. Peter le ofreció que fuera una vez por semana al hospital. No tenían presupuesto, pero aprendería mucho auxiliando en la guardia. Iman estaba feliz aunque el hospital de Al-Shifa le quedara lejos de donde vivía en Rafah.

Peter, tan rápido para resolver problemas en el hospital, tardó bastante tiempo en animarse a invitar a salir a Azima. Y cuando lo hizo la viuda le dijo que no. Desconcierto de Peter y algo de vergüenza. Pero a cambio, Azima lo invitó a almorzar a su casa, en el campamento de Shati, bastante cerca del hospital.

A pesar de los años que llevaba viviendo en Gaza, Peter no tenía muy claro con qué iba a encontrarse. Daba por hecho que no sería un almuerzo romántico a solas, creía que al menos los chicos estarían con ellos, seguramente la madre de Azima, incluso la hermana con sus propios hijos. Hizo bien en pensar esas posibilidades, pero se quedó corto: también estaban dos hermanos varones y un tío, porque un hombre no podía visitar la casa de mujeres solas, y la prima Iman, con una de sus hermanas. Había también como diez chicos que entraban, comían de pie y volvían a salir corriendo. Las mujeres se mostraron divertidas y buenas anfitrionas, los varones parecían más incómodos, como obligados a participar de un almuerzo sin quererlo. Peter tenía un carisma especial para hacer sentir cómodo a los demás, así que no le costó congeniar con los hombres de la familia.

Comieron una maqluba deliciosa, hecha con un corde-ro tiernísimo, piñones y almendras. El sabor de la canela